

Esta es la historia más extraña que conozco. Sin embargo, procede de muy buena fuente, y espero que pueda complacer al más ingenioso y exigente de los investigadores.

Después de su muerte, la señora Veal se apareció a la señora Bargrave, que es íntima amiga mía y de cuya reputación puedo responder, sobre todo desde la época en que la conocí, hace quince o dieciséis años. Sin embargo, tras haberse divulgado los hechos a los que se refiere este relato, la señora Bargrave ha sido calumniada y ridiculizada por algunas personas, en su mayor parte amigos del hermano de la señora Veal, para quienes esta historia es pura invención.

Pero, por las circunstancias que he mencionado, tengo fe en la señora Bargrave. Nunca ha dado señales de amargura ni he oído de sus labios expresión alguna de descontento o de queja, pese a estar

sometida a la tiranía de un marido colérico, como yo mismo y otras personas dignas de crédito hemos comprobado.

Han de saber que la señora Veal era una dama soltera, piadosa y respetable, de unos treinta años de edad, y que durante bastante tiempo padeció ataques, que comenzaban cuando en medio de una conversación normal empezaba a decir cosas sin sentido. La mantenía su único hermano, hombre de aspecto sobrio que vivía en Dover<sup>1</sup>.

Desde la niñez era íntima amiga de la señora Bargrave. Los recursos de la señora Veal eran por entonces bastante medianos. Su padre no se preocupaba de los hijos, que estaban expuestos a muchas calamidades. En aquellos días, el padre de la señora Bargrave vivía aún y era bastante violento. Sin embargo, a su hija no le faltaban comida ni ropa, mientras que la señora Veal carecía de ambas cosas.

Debido a esto, la señora Bargrave pudo mostrarse generosa con su amiga y se ganó el cariño sincero de la señora Veal, quien solía decirle:

<sup>1</sup> Dover es un puerto inglés del Canal de la Mancha, en el condado de Kent.



—No solo sois mi mejor amiga, sino la única que tengo. Nada en el mundo podría destruir nuestra amistad.

A menudo se compadecían mutuamente de su mala suerte y leían juntas el libro de Drelincourt<sup>2</sup> sobre la muerte, y otros escritos reconfortantes.

Algún tiempo después, unos amigos le proporcionaron al hermano de la señora Veal un trabajo en la aduana de Dover. Eso hizo que, poco a poco, se fuera enfriando la relación de la señora Veal con la señora Bargrave. No hubo una ruptura, pero sí un distanciamiento, y llegaron a transcurrir dos años y medio sin que se hubieran visto. Cierto es que la señora Bargrave había estado un año ausente de Dover, y que de los últimos seis meses había pasado dos en una casa que poseía en Canterbury<sup>3</sup>.

En esa misma casa, en la mañana del 8 de septiembre de 1705, sábado y día de mercado, la señora Bargrave estaba sentada sola, cosiendo y

<sup>2</sup> Charles Drelincourt (1595-1669) fue un escritor protestante francés, autor del libro titulado *Defensa de los cristianos contra los temores de la muerte* (1651).

<sup>3</sup> Canterbury es una ciudad del sureste de Inglaterra, no lejos de Londres, en el condado de Kent. Pasa por ella el río Stour.

pensando en su desventurada vida, cuando oyó un golpe en la puerta. Fue a ver quién llamaba y se encontró con su antigua amiga, la señora Veal, vestida con ropa de viaje. En aquel mismo instante, el reloj dio las doce campanadas del mediodía.

—Me sorprende veros —dijo la señora Bargrave—. Después de tanto tiempo, empezaba a pensar en vos como en una extraña.

Añadió que se alegraba mucho de verla y se dispuso a besarla. La señora Veal se inclinó hacia delante hasta que sus labios casi se tocaron, y entonces, pasándose la mano ante los ojos, dijo:

—No me encuentro muy bien.

Tras lo cual la señora Veal retrocedió un poco. Le dijo a su antigua amiga que iba a emprender un largo viaje, pero que no había querido partir sin despedirse de ella.

—Pero —dijo la señora Bargrave— ¿cómo vais a viajar sola? Me sorprende, sabiendo lo unida que estáis a vuestro hermano.

—¡Oh! —exclamó la señora Veal—. Me fui de su lado y vine aquí, porque necesitaba veros antes de partir.

La señora Bargrave la condujo a una habitación contigua. Una vez allí, la señora Veal se sentó en el sillón que la señora Bargrave había ocupado antes de que llamaran a la puerta.

—Mi querida amiga —empezó—, he venido para renovar nuestra vieja relación y pedir os perdón por mi poca constancia. Si pudierais perdonarme, seríais para mí la mejor de las mujeres.

—¡Oh, no digáis eso! —exclamó la señora Bargrave—. No tiene ninguna importancia. Puedo perdonaros fácilmente.

—Pero ¿qué pensasteis de mí? —preguntó la señora Veal.

—Pensé que erais como todo el mundo y que la prosperidad había hecho que me olvidarais —contestó la señora Bargrave.

La señora Veal le recordó a su amiga las atenciones que había tenido con ella en otros tiempos, y la época en que se consolaban leyendo juntas el libro de Drelincourt, que era, en su opinión, la mejor obra escrita sobre la muerte. También mencionó otros dos libros traducidos del holandés, que trataban el mismo tema. Pero Drelincourt era,

para ella, el autor que tenía una idea más exacta de la muerte y del más allá, en comparación con otros que habían escrito sobre aquel misterio. Luego le preguntó a la señora Bargrave si tenía a mano el libro de Drelincourt, y esta le contestó que sí.

—Pues id a buscarlo —le pidió la señora Veal.

La señora Bargrave subió las escaleras. Cuando regresó con el libro, la señora Veal dijo:

—Querida amiga, si los ojos de nuestra fe estuviesen tan abiertos como lo están nuestros ojos corporales, veríamos bandadas de ángeles, haciendo guardia alrededor de nosotros. Drelincourt afirma que nuestra noción del cielo es solo aproximada, y que no llegamos a concebirlo como realmente es. Por lo tanto, debéis resignaros en medio de vuestro pesar, y considerar que el Todopoderoso está particularmente interesado en vuestro caso, que vuestros sufrimientos son una muestra del favor divino, y que pronto os veréis libre de ellos. Confiad y creed en lo que os digo, querida amiga. Un solo minuto de la felicidad futura os recompensará infinitamente por los dolores pasados.

Al decir esto, la señora Veal tuvo un gesto enérgico, y se golpeó la rodilla con una mano. Luego continuó:

—No puedo creer que Dios vaya a permitir que paséis vuestros días de este modo. Tened por seguro que vuestras penas os abandonarán dentro de poco, o vos las dejaréis a ellas.

Siguió hablando en un tono tan celestial que la señora Bargrave se sintió profundamente conmovida, y lloró varias veces. Luego, la señora Veal se refirió a *El asceta*, del doctor Horneck<sup>4</sup>, donde se comentan las vidas de los primeros cristianos. Horneck considera esas vidas como modelos dignos de imitación, y compara las palabras de aquellos santos, que proporcionaban alivio espiritual y servían para reforzar la fe, con el parloteo vano y frívolo de nuestros días.

—Ellos no fueron como nosotros, ni nosotros somos como ellos —continuó la señora Veal—, pero podríamos actuar del mismo modo. En aquellos tiempos se daba gran importancia a la amistad. ¿Dónde encontraríamos hoy algo así?

<sup>4</sup>Anthony Horneck (1641-1696), clérigo de origen alemán, autor de un sermón titulado *El asceta feliz* (1681).



—Es difícil encontrar un verdadero amigo en estos días —asintió la señora Bargrave.

—El señor Norris ha escrito un hermoso libro de versos titulado *La amistad perfecta*<sup>5</sup>, que yo admiro muchísimo —comentó la señora Veal—. ¿Habéis visto el libro?

—No —dijo la señora Bargrave—, pero tengo una copia de esos versos, de mi puño y letra.

—¿La tenéis? —preguntó la señora Veal—. Pues id a buscarla.

La dueña de casa subió a la parte alta de la casa y al bajar le entregó la copia a su amiga para que la leyese. Pero la señora Veal rehusó, con el pretexto de que eso podría causarle dolor de cabeza, y le rogó a la señora Bargrave que le leyese los versos, cosa que esta hizo.

Mientras ambas comentaban el poema sobre la amistad, la señora Veal afirmó:

—Querida amiga, podéis estar bien segura de que os querré siempre.

<sup>5</sup>John Norris (1657-1711), poeta y filósofo, fue autor del poema *Damón y Pitias*, o *La amistad perfecta*. En la mitología griega, Damón y Pitias simbolizan la lealtad y la verdadera amistad.

En los versos se repetía la palabra «Elíseos»<sup>6</sup>.

—¡Ah, qué nombres usan estos poetas para hablar del cielo! —exclamó la señora Veal.

Y varias veces, mientras se pasaba la mano por delante de los ojos, le preguntó a su amiga:

—¿Creéis que los ataques que sufrí me han desfigurado?

—No —le contestaba siempre la señora Bargrave—. Os encuentro mejor que nunca.

Tras esta larga conversación, que debió de durar una hora y tres cuartos, y en la que la aparecida empleó palabras mucho más hermosas que las que la señora Bragrave puede recordar, la señora Veal le pidió a su amiga que escribiese una carta a su hermano. Quería decirle que repartiese sus sortijas entre determinadas personas, y que en un cajón de su escritorio había una cartera con varias piezas de oro, de las cuales dos debían ser para su primo Watson.

Al oírla hablar así, la señora Bargrave creyó que su amiga estaba a punto de sufrir uno de sus ataques.

<sup>6</sup> En la mitología griega, los Campos Elíseos era un lugar sagrado donde las sombras de los hombres virtuosos y los guerreros heroicos llevaban una existencia feliz, entre paisajes verdes y floridos. Con frecuencia, como en este caso, se asociaban con el Cielo cristiano.

De inmediato se sentó frente a ella en una silla, para evitar que cayese al suelo si eso ocurría. A fin de distraer su atención, tomó la manga del vestido de la señora Veal y empezó a elogiar la tela y su hechura.

La señora Veal le dijo entonces que la tela era seda cruda y que el vestido era de confección reciente. Pero inmediatamente volvió a insistir en su petición, y le dijo a la señora Bargrave que no debía negarle aquel deseo. Además, le rogó que, en cuanto se presentara la oportunidad, le contase a su hermano la conversación que habían tenido.

—Mi querida amiga —dijo la señora Bargrave—, todo esto me parece tan raro que no sé si sabré complacerlos. ¿Cómo podría contarle nuestra conversación a un joven caballero como vuestro hermano, sin que él lo considerase una impertinencia?

—Aunque ahora os parezca extraño, más adelante comprenderéis mis razones.

La señora Bargrave se dispuso a satisfacer la petición de su amiga. Ya iba en busca de la pluma y el tintero cuando la señora Veal la retuvo.

—No es necesario que lo hagáis ahora. Podréis escribirle cuando me haya ido. Pero tenéis que prometerme que lo haréis.

—Os lo prometo —dijo la señora Bargrave.

Luego, la señora Veal le preguntó por su hija, y la señora Bargrave le contestó que no se encontraba en casa.

—Pero, si queréis verla —añadió—, mando a buscarla.

—¡Por favor! —rogó la señora Veal.

La señora Bargrave dejó a su amiga y fue a casa de un vecino para pedir que fuesen en busca de su hija. Al regresar vio a la señora Veal en la puerta, dispuesta a marcharse. Le preguntó a qué obedecía aquella prisa y la señora Veal le contestó que no tenía más remedio que irse, aunque posiblemente no podría emprender viaje hasta el lunes.

También le dijo que esperaba volver a verla en casa de su primo Watson, donde pensaba quedarse antes de partir. Después de esto se despidió y echó a andar. La señora Bargrave la siguió con la vista, hasta que desapareció en una esquina. Eran las dos menos cuarto de la tarde del día ocho de septiembre.

La señora Veal había muerto el siete de septiembre, a las doce de mediodía, esto es, el día anterior a la visita. Tras sufrir uno de sus ataques habituales, había estado inconsciente durante cuatro horas, y le habían sido administrados los sacramentos.

El día siguiente al de su aparición era domingo, y la señora Bargrave se sintió indispuesta con un catarro y un dolor de garganta, pero el lunes por la mañana envió una sirvienta a casa del capitán Watson, para saber si la señora Veal estaba allí. Sorprendidos por la pregunta de la señora Bargrave, le mandaron recado de que no se encontraba en la casa ni la esperaban.

Al recibir esta respuesta, la señora Bargrave pensó que la criada podía haber equivocado el nombre o haber incurrido en algún otro error. Pese a que aún estaba enferma, se levantó, se puso el abrigo y fue a casa del capitán Watson, para comprobar personalmente si su amiga se encontraba allí.

En la casa del capitán Watson se mostraron extrañados ante su insistencia. Estaban seguros de

que, si la señora Veal hubiera pasado por la ciudad, no habría dejado de visitarlos.

—El sábado estuvo conmigo casi dos horas —afirmó la señora Bargrave.

Los de la casa le contestaron que aquello era imposible, pues en ese caso también habría ido a verlos a ellos. Mientras discutían, el capitán Watson se presentó con la triste noticia de que la señora Veal había muerto y se estaban preparando los servicios fúnebres.

Llena de sorpresa, la señora Bargrave fue a ver a la persona encargada de esos trámites y se encontró con que, en efecto, su amiga había fallecido.

Al volver, relató la historia entera a la familia Watson.

—Vestía un traje a rayas —comentó—, y me dijo que era de seda cruda y de confección reciente.

—¡Estoy segura de que la ha visto usted! —la interrumpió la señora Watson—. Solo la señora Veal y yo sabíamos que la tela era de seda. Y yo lo sé porque la ayudé a terminarlo.

La señora Watson proclamó por toda la ciudad que, después de muerta, la señora Veal se había

aparecido a la señora Bargrave, y se ofreció a respaldar el testimonio de esta.

El capitán Watson llevó a casa de la señora Bargrave a dos caballeros, que escucharon el relato de sus labios. Luego, la noticia siguió extendiéndose. Gentes de toda condición, y hasta personas de muy alto rango, la acosaron hasta tal punto que ella, abrumada, tuvo que recluirse durante algún tiempo. Pero la gran mayoría quedó convencida de la verdad del suceso, y pudo comprobar por sus propios ojos que la señora Bargrave tenía un carácter tranquilo y agradable, y no sufría forma alguna de alucinación. Todo esto le ha valido el favor y la estima de las gentes, que aún consideran un privilegio escuchar el relato de sus propios labios.

Olvidé decir antes que la señora Veal le había contado a la señora Bargrave que su hermana y su cuñado estaban a punto de llegar de Londres, para verla.

—¿Y cómo habéis venido hasta aquí, en vez de quedaros en Dover para recibirlos? —le había preguntado la señora Bargrave.

—No he podido impedirlo —había replicado misteriosamente la señora Veal.

También eso era cierto. Su hermana y el cuñado habían ido a visitarla, y entraron en Dover cuando la señora Veal espiraba.

En otro momento la señora Bargrave le había ofrecido té, y la señora Veal le había contestado:

—No me apetece mucho. Además, apuesto a que el bruto de vuestro marido no os ha dejado ni una taza intacta.

—De todos modos —dijo la señora Bargrave—, os lo traeré.

Pero la señora Veal rechazó el ofrecimiento, diciendo:

—No vale la pena, no os molestéis.

Y quedaron en eso.

También yo fui a escuchar la historia de labios de la señora Bargrave, y todo el tiempo que pasé con ella, que fueron algunas horas, estuvo recordando detalles de la conversación que ella y su amiga habían tenido.

Otro detalle importante que la difunta señora Veal le había contado era que el anciano señor

Brenton le pasaba una asignación de diez libras anuales, lo cual era un secreto, y nadie se habría enterado si ella no lo hubiese dado a conocer.

La señora Bargrave nunca se contradice al contar su historia, lo que desconcierta a todos aquellos que dudan de su autenticidad o se resisten a aceptarla.

Durante el tiempo en que se supone que la señora Veal estuvo con su amiga, una sirvienta que se encontraba en un patio vecino la oyó hablar en voz alta con otra persona. Además, tan pronto como la señora Veal partió, la señora Bargrave fue a visitar a una vecina y le contó la agradable conversación que acababa de tener.

El *Libro de la muerte* de Drelincourt se vende muy bien desde que tuvo lugar el suceso, y circula de mano en mano. También es digno de destacarse que, aunque la señora Bargrave ha sufrido, con este motivo, toda clase de incomodidades y molestias, no ha aceptado personalmente ni ha permitido que su hija acepte ningún pago de nadie, y por lo tanto no puede tener ningún interés económico en contar esta historia.

El hecho de que la señora Veal se pasase frecuentemente la mano por los ojos y su pregunta sobre si la enfermedad no la habría desfigurado, me hace pensar que la difunta quiso que su amiga recordase sus frecuentes ataques, para que a la señora Bargrave no le extrañase demasiado su petición de escribir en su nombre una carta en la que donaba sus pertenencias más valiosas, como suelen hacer los moribundos. Ocurrió como ella esperaba, y la señora Bargrave supuso que su amiga era víctima de uno de sus ataques.

Otro de los muchos indicios del amor extraordinario que profesaba la señora Veal a su amiga está en las precauciones que tomó para no asustarla.

Parece como si lo hubiera previsto todo. Por eso hizo su aparición en pleno día, y cuando la señora Bargrave se encontraba sola. De ahí también la naturalidad con la que rechazó el cariñoso saludo de la señora Bargrave y la manera que luego eligió para partir, evitando así, por segunda vez, darle un beso, que quizá hubiera sido, dadas las condiciones, demasiado expresivo.

No puedo explicarme el empeño que el señor Veal, hermano de la difunta, pone en demostrar que se trata de una alucinación, ni su afán por ocultar el suceso, cuando el resto de la gente ve en su difunta hermana a un espíritu bondadoso, que hablaba por boca del cielo.

Los dos objetivos de la señora Veal parecen haber sido consolar a la señora Bargrave, pidiéndole perdón por haberse alejado de ella durante los últimos tiempos, y luego dedicarle unas palabras piadosas, para infundirle una nueva fortaleza.

Me parece difícil aceptar, como sostienen algunos, que la señora Bargrave pudo haber tenido noticia de la muerte de su amiga desde el primer momento, y urdido toda esta historia entre las doce del mediodía del viernes y las doce del mediodía del sábado, sin contradecirse ni una sola vez. De haber sido así, tendría que haber sido más astuta y perversa que la mayoría de las gentes.

Varias veces le pregunté si estaba segura de haber tocado el vestido, y siempre me contestó con modestia:

—Si puedo confiar en mis propios sentidos, entonces estoy segura de haberlo tocado.

También quise saber si había oído algún ruido cuando la señora Veal se dio una palmada en la rodilla con la mano. En cuanto a esto, nada recuerda, pero me dijo:

—Para mí, mientras hablaba con ella, mi amiga estaba hecha de la misma sustancia viva que yo. Por lo tanto, será más fácil convencerme de que es vuestro espectro quien me habla en estos momentos, que persuadirme de que no hablé realmente con ella. Y también estoy segura de que durante la entrevista no tuve ningún miedo. Ella llegó a mí como una amiga y se fue de la misma manera.

Luego, la señora Bargrave agregó:

—No daría ni un cuarto de penique<sup>7</sup> para convencer a la gente. No me interesa en absoluto. Toda esta historia, que me seguirá acarreado molestias durante mucho tiempo, no habría llegado a oídos del público, de no ser porque yo misma empecé a

<sup>7</sup>El penique era una moneda inglesa, anterior a la adopción del sistema decimal. Un chelín tenía doce peniques, y una libra veinte chelines.

contarla antes de entenderla del todo, y luego la gente hizo correr la voz.

En cuanto a mí, la aparición de la señora Veal me ha afectado bastante. Tan convencido estoy de su autenticidad como lo estaría de cualquier otro hecho real medido y comprobado. Además, no entiendo que lleguen a ponerse en duda hechos como este, solo porque algunos aspectos de él no puedan explicarse racionalmente. Creo que, si se hubiera tratado de otro tipo de asunto, la autoridad y la sinceridad de la señora Bargrave no habrían sido objeto de la menor discusión.